

ENTRE EL ECUMENISMO Y LA INTOLERANCIA: LA PROCESIÓN DEL DOMINGO DE RAMOS EN LA JERUSALÉN DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

POR

VÍCTOR DE LAMA DE LA CRUZ¹
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

Algunas celebraciones religiosas nos permiten analizar, sincrónica y diacrónicamente, de forma privilegiada ciertas realidades sociales. Y más cuando es otra la religión oficial del poder dominante. La procesión del Domingo de Ramos en Jerusalén puede ser un buen laboratorio que, además de estudiar la evolución de la celebración en sí a lo largo de doscientos años, nos permitirá medir las relaciones religiosas y sociales en un medio social tan singular. Para definir el punto de vista español, dicho análisis se realiza a través de los testimonios de una docena de viajeros y cronistas que viajaron desde España a Tierra Santa en los siglos XVI y XVII.

PALABRAS CLAVE: Domingo de Ramos; procesiones; Jerusalén; catolicismo; franciscanos; turcos.

BETWEEN ECUMENISM AND INTOLERANCE: THE PALM SUNDAY PROCESSION IN 16TH AND 17TH CENTURY JERUSALEM

ABSTRACT

Some religious celebrations allow us to analyze, synchronously and diachronically, certain social realities in a privileged way. Especially when the dominant power follows a different official religion. The Palm Sunday procession in Jerusalem can be a good laboratory that, besides studying the evolution of the celebration itself over two hundred years, will allow us to measure the religious and social relations in such a unique social environment. In order to define the Spanish point of view, this analysis is carried out through the testimonies of a dozen travelers and chroniclers who traveled from Spain to the Holy Land in the 16th and 17th centuries.

KEY WORDS: Palm Sunday; processions; Jerusalem; Catholicism, Franciscans; Turks.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO / CITATION: Lama de la Cruz, V. de 2019. «Entre el ecumenismo y la intolerancia: la procesión del Domingo de Ramos en la Jerusalén de los siglos XVI y XVII». *Hispania Sacra* 71, 143:155-164. <https://doi.org/10.3989/hs.2019.011>

Recibido/Received 13-06-2017

Aceptado/Accepted 26-09-2017

INTRODUCCIÓN

Por constituir tradiciones populares bien tipificadas, las celebraciones religiosas constituyen manifestaciones antropológicas de singular interés. Además, nos permiten conocer de primera mano algunas realidades sociales, tanto sincrónica como diacrónicamente. Y cuando el poder político donde se produce esa celebración religiosa profesa

una religión distinta, dicha celebración puede convertirse en un indicador bastante fiable de las relaciones sociales y religiosas en el seno de esa comunidad. Por eso, creo que la procesión del Domingo de Ramos que se celebraba en Jerusalén durante los siglos XVI y XVII puede ser un buen caso de estudio. Mantenido con algunos cambios a lo largo de esos doscientos años, esta procesión revela bastante bien las contingencias y posibilidades de convivencia en una ciudad donde se practicaban las tres principales religiones monoteístas. Durante esos doscientos años la religión dominante era el islam. El judaísmo y el cristianismo,

¹ victordelama@pdi.ucm.es / ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-6497-3253>

en la diversidad de sus confesiones (griegos, armenios, maronitas, sirios, coptos, etc.), eran religiones toleradas, pero con muchas limitaciones.

Cuando el califa Omar tomó Jerusalén en el 638, consintió el culto del cristianismo y el judaísmo, siempre que no ejercieran el proselitismo públicamente. Aunque con el tiempo se fue extendiendo la práctica del islam, nunca desaparecieron del todo las comunidades cristianas ortodoxas, sirias o maronitas de Palestina, que se habían establecido durante el imperio bizantino. El Reino Latino de Jerusalén constituyó un periodo relativamente breve, entre 1099 y 1187, en el que el cristianismo fue la religión del poder. Salvo ese periodo, en Jerusalén la religión musulmana fue la dominante desde el mencionado 638 hasta 1917, cuando cayó el imperio otomano.²

Las peregrinaciones cristianas, con los debidos altibajos, no se interrumpieron nunca mientras los Santos Lugares estuvieron bajo el dominio del islam, siempre que los peregrinos estuviesen dispuestos a pagar los debidos peajes que se les exigía. Tras el fracaso de las Cruzadas, los franciscanos consiguieron, mediante la bula *Gratias agimus* (expedida en Aviñón el 21 de noviembre de 1342 por Clemente VI), la Custodia de Tierra Santa o, lo que es lo mismo, el privilegio de establecerse en Jerusalén para recibir y guiar a los peregrinos latinos³ en su visita de los lugares sagrados, a la vez que se les permitía la conservación de diversos santuarios y practicar los oficios religiosos en ellos.

La vida religiosa de esa comunidad de franciscanos, que fue creciendo con los años, se desarrolló con relativa tranquilidad bajo el mandato de los soldanes mamelucos, que dominaron Palestina desde 1250 hasta 1517. Hay constancia de los numerosos acuerdos que firmaron los soldanes de El Cairo con los reyes de Aragón para solventar cualquier conflicto en el Mediterráneo. Dichos pactos incluían cláusulas referidas tanto a asuntos comerciales como a los peregrinos que iban a Tierra Santa (Lama 2013: 45-77).

Con todo, hubo dificultades en esas relaciones. Uno de los desencuentros más serios tuvo lugar tras la rebelión de las Alpujarras de 1500 y 1501, cuando los Reyes Católicos decidieron exigir a los moros de Granada que salieran de España o se convirtieran al cristianismo. Pronto llegaron a Egipto las acusaciones de que en Granada se estaba obligando a los musulmanes de Granada a abrazar el cristianismo. Como respuesta, el soldán pretendió hostigar a los peregrinos que llegaban a los Santos Lugares subiéndoles los peajes, poniendo trabas para la conservación de los santuarios e incluso amenazando con la destrucción del Santo Sepulcro. Con el fin de solucionar esos problemas, los Reyes Católicos enviaron como embajador a Pedro Mártir de Anglería para entrevistarse con el soldán de Babilonia y darle las debidas explicaciones. Anglería se reunió en tres ocasiones con el soldán Khansu al Ghuri en El Cairo a principios de 1502 y las buenas artes retóricas del humanista italiano lograron apaciguar sus iras.

² Momentos hubo de especial dificultad para los cristianos, como la persecución de al-Hakim el Loco que destruyó buena parte del Santo Sepulcro en 1009. Tras la toma de Jerusalén por Godofredo de Buillon en 1099 no pudo quedarse ningún judío en la ciudad. Y cuando en 1244 los jorezmitas o corasmianos invadieron Jerusalén, parece que tuvieron que desalojar la ciudad todos los cristianos y judíos.

³ También llamados «francos», eran los cristianos que dependían de Roma.

Durante los dos siglos siguientes, con mayor o menor tolerancia, se permitió en Jerusalén el culto del cristianismo y en particular la procesión del Domingo de Ramos. Desde mucho antes —quizá desde que se les encomendó la Custodia de Tierra Santa— los franciscanos fueron quienes organizaron y realizaron esta procesión, a la que se sumaban cristianos de diferentes confesiones y el resto de la población de Jerusalén.

Por lo general, los libros de peregrinación se refieren a la procesión del Domingo de Ramos, cuando el autor de la obra participa en ella. No son muchos los testimonios porque lo más habitual era que las naves con los peregrinos zarparan de Venecia al final de la primavera y regresaran a esta ciudad al final del verano, de manera que no estaban en Jerusalén durante la celebración. Pero los franciscanos de la Custodia, que escribieron guías de peregrinación a partir de su experiencia de varios años de estancia en Jerusalén, siempre dedican unas líneas a esta procesión con que se iniciaba la Semana Santa. También es interesante tener en cuenta la valoración de los cronistas franciscanos, pues además de explicar cómo se desarrollaba la procesión, nos informan de algunas incidencias que sufrió a lo largo de este tiempo. Los textos de peregrinación escritos en latín y en varias lenguas europeas en los siglos XVI y XVII pueden alcanzar el número de varios centenares y por lo general son muy repetitivos.⁴ Por eso no se pretende ahora una exploración sistemática de estas fuentes occidentales. Me limito, por tanto, a las fuentes escritas en español; son aproximadamente una docena de testimonios repartidos en crónicas, guías y relatos de viajes que nos permiten seguir con cierto detalle la evolución de esta celebración religiosa en los doscientos años que nos ocupan. Como dichos textos no son muy conocidos, puede ser útil copiarlos a menudo en su integridad y dejar abierto el campo de estudio a los testimonios en otros idiomas.

LA HERENCIA DEL PERIODO MAMELUCO

Desde 1507 hasta 1512 Diego de Mérida, un fraile jerónimo de Guadalupe, realizó un viaje por los Santos Lugares de Palestina, El Cairo y el Monte Sinaí. Cuando en 1512 se encontraba en Candía (Creta), envió una extensa carta a sus hermanos del monasterio extremeño dándoles cuenta de su periplo (Lama 2013: 265-311). Diego de Mérida describe la procesión del Domingo de Ramos como algo ya bien consolidado. Se advierte la fidelidad al pasaje evangélico en el ritual con que se inicia y destaca que se hace «con grandísima devoción y reverencia»:

Desde el dicho Bethfagé hasta la Puerta Áurea del templo de Salomón por donde el Rey del Cielo entró con tanta honra e solemnidad el Día de Ramos hay obra de media legua, travesando por el dicho Monte Olivete. Todo ese camino de espacio de media legua hizo la bendicta reina Santa Helena de maravillosa obra de mosaico en memoria, honor y reverencia de tan magnífico rescibimiento como por todo el camino fue hecho al celestial Rey, por manera que se gastarían en tan riquísima e costosa obra

⁴ Basta hojear los catálogos de T. Tobler (1867) y R. Röhrich (1890) para darse cuenta de que un análisis que tuviera en cuenta los centenares de fuentes conservadas sobrepasaría los objetivos de este trabajo y podría dar lugar a una monografía sobre el tema.

innumerable suma de dineros, la cual obra está agora casi del todo destruida e arruinada por la antigüedad de los tiempos, porque solamente al presente se demuestra e parece algo d'ella en algunos lugares.

Desde la dicha Bethfagé hasta Torrente Cedrón, que está delante de la puerta Áurea, tienen por costumbre los frailes franciscos de Monte Sión de ir e hacer una procesión de Domingo de Ramos en memoria del soberano Señor, la cual llevan un religioso vestido de vestiduras sacerdotales cabalgando en una asna. E los otros religiosos van puniéndole debajo sus mantos y ropa, echándole por el camino sus vestiduras e ramos sobre que pase, la cual procesión hacen los dichos frailes con grandísima devoción y reverencia (BNE Mss/10883, f. 180v; Jones 1998: 202).

El franciscano Antonio de Medina seguramente estuvo en Palestina varios años y tuvo tiempo de conocer mejor dicha tradición. Regresó de Jerusalén en 1514 y en la obra que escribió en los años posteriores⁵ ratifica la información de Diego de Mérida, pero aporta algún detalle novedoso:

Por este camino fue sobre el asna y su pollino caballero nuestro Redemptor hasta que llegó al templo [...] En memoria d' este misterio los frailes de San Francisco tenemos por costumbre venir del Monte Sión a este lugar y cada año en este día hacemos solemne procesión, en medio de la cual va un fraile vestida un alba y caballero en una bestezuela y sentado sobre los mantos de los frailes, los cuales llevando ramos en las manos van cantando lo acostumbrado de aquel día. E todos los otros christianos de Hierusalén y sus comarcas que a solemnizar esta fiesta concurren llevan ramos de palmas y olivas en las manos, y clamando en pos de los frailes en su lengua van diciendo, "Bendito es el que viene en el nombre del Señor, etc." Las lágrimas que en este día y solemne procesión de los devotos son derramadas no tienen número. Ca se tiene por muy bienaventurado el que en esta procesión se halla presente [...] E muchas veces, poniendo las rodillas besan la tierra diciendo "Bendito es el que viene en el nombre del Señor" (ff. 44r-45r).

La referencia a «todos los otros cristianos de Hierusalén y sus comarcas» es un dato muy relevante, ya que nos informa de que las demás sectas cristianas se sumaban a la procesión y acudían los cristianos de los alrededores de Jerusalén. Por otro lado, si Mérida destacaba la «devoción y reverencia», Medina pone su énfasis en aspectos emocionales, como las lágrimas que se vertían y la costumbre de besar la tierra. El testimonio del uso de las palabras evangélicas en la lengua vernácula es un dato interesante para conocer el grado de implantación del cristianismo en Jerusalén y sus alrededores.⁶

A los pocos años, empezaría para los franciscanos de Tierra Santa un periodo de graves sufrimientos. Los dominios de los mamelucos, que comprendían toda Siria, Palestina, Egipto y Arabia, se incorporaron al Imperio Otomano cuando el último soldán de El Cairo fue derrotado en la batalla

de Marj Dabiq el 24 de agosto de 1516, al norte de Alepo. En unos pocos meses aquellos inmensos territorios, de los que formaban parte los Santos Lugares de Palestina, pasarían a depender de Constantinopla por espacio de 400 años. El cambio no se limitaba a que unos musulmanes, los mamelucos, fueran sustituidos por otros, los otomanos. Los soldanes egipcios habían mantenido por lo general buenas relaciones con los reyes cristianos de Occidente, pues les interesaba esa alianza frente a los otomanos, que era el enemigo común. Los turcos habían acabado con el imperio bizantino con la toma Constantinopla; luego se habían apoderado de Negroponte (isla de Eubea), habían atacado varias veces a los Caballeros de San Juan en Rodas y en 1480 su desembarco en la península itálica significó la toma de Otranto, provocando una carnicería de cristianos. Aunque los mamelucos pudieron hacerles frente durante un tiempo, Selim I les arrebataría sus inmensos dominios, incluyendo Medina y La Meca.

Cuando Selim entró en Jerusalén sometió a los franciscanos a muchas extorsiones y la primera fue meterles en prisión por negarse a entregarle los ornamentos sagrados. A pesar de los castigos que sufrieron en esta nueva etapa, los franciscanos siguieron recibiendo a los peregrinos en Jerusalén⁷ y celebrando la procesión del Domingo de Ramos, como nos revela poco después Antonio de Aranda. Este fraile viajó a Tierra Santa a finales de 1529 con otros cuarenta franciscanos para sustituir a los que servían en los distintos monasterios de la Custodia. Permaneció allí hasta la Semana Santa del año 1531 y tuvo tiempo de conocer a fondo Jerusalén y Palestina. Su experiencia la recogió en su *Verdadera información de la Tierra Sancta*, obra impresa en 1533,⁸ que a lo largo del siglo XVI alcanzaría al menos trece ediciones. Aranda refleja bien el grado de participación de cristianos de distintas sectas en la procesión, así como la fidelidad al texto evangélico:

El Guardián con cuasi todos sus frayles, aviéndoles exhortado de lo que se ha de decir y hazer, va al lugar de Bethfagé, acompañado así mesmo de algunos otros Christianos, especialmente de los maronitas⁹. Llegados,

⁷ En años sucesivos llegarían a Jerusalén Pedro Manuel de Urrea (agosto de 1518), Juan del Encina y el Marqués de Tarifa (agosto de 1519) e Ignacio de Loyola (septiembre de 1523), sin que ninguno de ellos dedique un espacio de su relato a explicar los cambios que se habían producido en Jerusalén.

⁸ Hay dos ediciones de esta fecha: la de Miguel de Eguía en Alcalá de Henares; y la de Fernando de Santa Catalina en Toledo. Cito por la edición de la *Verdadera información de la Tierra Sancta*, Alcalá: Francisco de Cormellas y Pedro de Robles, 1563.

⁹ Un poco antes Aranda había explicado que «Estos maronitas se llamaron así, de un su mal maestro llamado Marón, del cual tomaron ciertas heregías y al cual siguiendo se apartaron de la iglesia cathólica, según que agora los que siguen a Lutero y compañía. Moran en el monte Líbano del cual después se hará particular memoria. Tienen allá su patriarca. Agora son súbditos de la iglesia romana. Aquí en Hierusalem no ay moradores d' esta nación ni tienen en toda esta ciudad santuario alguno: mas cuando algunos d' ellos vienen en la cuaresma, nuestros frailes les dan la capilla que está en el monte Sión, llamada sancto Thomás donde hacen el oficio divino a su modo. Digo "a su modo" porque aunque son súbditos de la iglesia romana usan de las mismas ceremonias que antes se tenía; esto excepto, conviene a saber, que usan de nuestros ornamentos y vasos y ostia, porque todo lo demás la iglesia se lo permite hasta que del todo entren en la iglesia; y así perseveran en ser casados los sacerdotes y en comulgar todo *sub utraque specie*» (ff. 114v-115r).

⁵ Antonio de Medina acabó de redactar su obra en 1526, cuando el Emperador Carlos tenía prisionero al rey de Francia y se «hizo paz y concierto entre ellos por la piedad divina». El libro se publicó muy tardíamente con el título *Tratado de los misterios y estaciones de la Tierra Sancta* (Salamanca: Herederos de Juan Cánova, 1573). En adelante cito los textos por esta edición.

⁶ Confirma la información de Diego de Mérida anotando que «este camino hizo empedrar la bendita Sancta Helena de muy ricas piedras, en las cuales eran labradas muchos lazos y bestiones, como aún hoy día en algunas partes del camino parecen».

pues, a Bethfagé, el padre Guardián se viste como para decir missa, salvo que por casulla toma capa. Y estando todos los frailes alrededor d'él descalzos, y con muy particular recogimiento y devoción, uno de ellos que para esto está prevenido comienza a cantar el evangelio de aquel día: "*Cum appropinquassent Hierosolimis et venissent Bethfage, etc.*"[...] El padre Guardián llama a dos de aquellos sus discípulos religiosos y dízeles aquellas palabras de Christo. Los cuales estando de rodillas, besada la tierra, van camino de Hierusalem hasta tanto que por una vuelta que haze el camino no se parecen donde hallan aparejados la asna y el pollino, y tráenlo. El padre Guardián así revestido como está, los pies descalzos y con gran devoción, representando aquel misterio de Christo, sube sobre el asna, puestos primero algunos mantillos de los frailes debaxo... (f. 131rv).

El padre Aranda destaca el ambiente de devoción que predomina en la primera parte de la misma:

E confieso verdad que lo vi hazer tan devotamente y con tanto fervor de espíritu, que por un largo espacio, fueron sin que oviesse alguno que pudiesse cantar. Convertidos así el Christo como los suyos en solloços, lágrimas y suspiros. Así mesmo aquellos christianos que allí se hallaron, despojándose sus ordinarias vestiduras, con muy christiana devoción y piedad fiel, las ponían y echavan a los pies por do passava el asna y otros con ramos de olivas y almendros que hay por allí; y otras con yerbas y flores sembraban el camino. E cuando llegamos a la baxada del Monte Olivete en el mesmo lugar donde dizen que Christo subió sobre el pollino, el padre Guardián también mudó cabalgadura... (ff. 131v-132r).

La participación de otros cristianos por aquel tiempo, salvo los maronitas que acaba de mencionar, es la de meros espectadores, pero la devoción popular queda bien destacada:

Y tomando el camino que va hacia el sancto Cenáculo de Sión (porque la puerta por donde aquel día entró Christo está cerrada, como diremos después) hallamos muchos christianos de armenios, jacobitas, abassinios y de las otras naciones que nos salían al encuentro por modo de recibimiento. Los cuales con tan grande y devota libertad se comenzaron a despojar sus vestiduras y echarlas por el camino para que sobre ellas passase el jumento. Que yo os digo de cierto que dende aquel lugar hasta Sión, no pisó tierra desnuda el asna. Llegando, pues, cerca del Cenáculo, estaba gran multitud de mujeres christianas las cuales con un alarido que ellas dan, en muestra de gran placer, comenzaron assí mesmo a echar en el suelo tovajas y paños de lino y algodón que para esto particularmente traían lavados y plegados, procurando con gran diligencia de tal manera tenderlos que fuesen pisados de aquella asna, como si fuera tocar a una muy preciosa reliquia, y por tal lo tenían considerando lo que representava. Yo vi una mujer que tres veces tendió uno como almaizar, porque en las dos primeras no acertó a ser pisado. Y otras que no tenían de sobra, echavan las mesmas tocas. No creo quedarían sin el merecimiento de su sancta intención los que aquí con bozes de loor y obras de piadosa devoción se exercitaron. De esta manera con grandíssima y devotíssima alegría exterior e interior loando a Christo nuestro Dios en diversas lenguas entramos en nuestra iglesia (ff. 132v-133r).

Y los moros y turcos, que no han sido mencionados hasta ahora, también mostraban su especial actitud de respeto:

Cosa es de gran admiración considerar cómo esta procesión se haze en el modo y tiempo dicho, y a vista de turcos y moros, sin ser los christianos perturbados ni en poco ni mucho de ninguno de los infieles, suspendiéndoles

Nuestro Señor el uso de las lenguas con que suelen maldecir y de las manos con que suelen mal obrar, ca están como extasi [*sic*] maravillándose de lo que ven y oyen dexando libre paso a los siervos de Dios... (f. 133v).

CAUTIVERIO EN DAMASCO DE LOS FRANCISCANOS Y EL PROBLEMA DE LOS ORÍGENES

El año 1537 fue muy desgraciado para los frailes de la Custodia. Solimán decidió que los franciscanos de Tierra Santa pagaran diversas afrentas sufridas por su armada en el Mediterráneo.¹⁰ Juan de Calahorra nos refiere cómo el Gran Turco apresó a todos los franciscanos que había en Jerusalén y Belén y los internó en «una rigurosa prisión en el castillo de Damasco, en la cual los tuvieron 38 meses afligiéndolos con hambre, sed, injurias y afrentas, oprobios y otras innumerables miserias» (1684, pp. 377).¹¹ Durante esos tres años largos murió el Guardián y otros ocho franciscanos. Los demás fueron puestos en libertad el 16 de noviembre de 1540. El cronista Calahorra nos recuerda a propósito que:

Una de las funciones más célebres y honoríficas que introdujeron en la Santa Ciudad de Jerusalén aquellos religiosos antiguos fue aquella devota y solemne procesión que se hacía (desde el lugar de Bethfagé hasta el convento del Sacro Monte Sión) en el Domingo de Ramos, en la cual iba el Superior de aquel santo convento sobre una jumentilla, revestido de un roquete y estola, con una palma en la mano, despoblándose la Santa Ciudad hasta de los turcos y hebreos, que salían a ver la representación de aquél humildísimo triunfo con que entró en ella el Criador y Redentor del universo (pp. 380-381).

Como su estancia en la cárcel les impedía celebrar la procesión y no querían que la tradición se perdiese, «dieron permiso para que la hiciesen en su lugar los armenios» (p. 381). Pero cuando los franciscanos volvieron a Jerusalén, los armenios

... alegaron que les pertenecía aquella función por derecho, pretendiendo prevalecer contra el de tantos siglos con la simple permisión de dos o tres años. Estos les fueron suficientes para conseguir su intento, porque previno su ambición la codicia de los ministros del gran Turco; y así salieron con su pretensión.

Finalmente, viendo que no podían ajustar con religiosa modestia el negocio, les hubieron de poner pleito, en el cual quedaron los armenios vencidos y excluidos de aquella solemne procesión, por sentencia del Cadí de Jerusalén, el cual no pudiendo negar su voz a la común del pueblo, que sabía haber hecho aquella función los religiosos francos, declaró pertenecerles por legítima costumbre a nuestros

¹⁰ Los cronistas Juan de Calahorra y Francisco de Jesús M.^ª de San Juan del Puerto anotan que la causa fue haber sido derrotado Solimán por el ejército persa y «sobre este golpe tan sensible para su altivez, tuvo la noticia de que el valeroso Duque Oria le avía tomado onze galeras y diez naves, que iban cargadas de soldados, dineros, artillería y otras municiones para reforzar su armada, que andaba hecha dueña de los mares. La cólera vengativa de estos agravios reventó contra los indefensos religiosos, que estaban sin prevenir las consecuencias de su sentimiento, porque aún ignoraban el motivo» (San Juan del Puerto, 1724, p. 257)

¹¹ El cronista San Juan del Puerto confirma dicha información precisando que la mitad de los frailes estuvieron presos en Damasco y la otra en Jerusalén, dejando en cualquier caso vacíos y sin atención los santuarios de Monte Sión, Santo Sepulcro y Belén, que ellos regentaban.

religiosos; y así prosiguieron con ella en aquella forma, que la habían hecho en tiempos pasados, aunque no con tanta paz, pues volvieron a renovar su pretensión los armenios; pero salieron tan desairados que desistieron para siempre del negocio (p. 381).

El cronista Calahorra apunta que no bastaba tener razón; había que ablandar las voluntades del Cadí por otros medios:

No se alcanzó esta vitoria sin alguna cantidad de dinero, pero tan bien empleado, cuanto era digno el que triunfo tan glorioso y tan lleno de misterios se representase en la Santa Ciudad de Jerusalén por religiosos y cristianos católicos; aunque por imitar a aquel obsequio, que hicieron las turbas a Nuestro Redentor, concurrían también muchos de aquellos cristianos cismáticos a tender sus capas y a sembrar de flores y yerbas odoríferas el camino por donde habían de pasar el Guardián y los religiosos que en aquella devota procesión representaban al Salvador y a sus discípulos (p. 381).

Calahorra se pregunta cuándo se instituyó tal procesión, reconociendo que los documentos que él manejó no indican el momento en que los franciscanos reimplantaron esta celebración, pues está seguro de que el principio de esta tradición no se debe a los hijos de san Francisco,

... sino a la devoción y piedad del valeroso Godifredo de Bullon [sic], el cual la instituyó en el primer año que se ganó la Santa Ciudad de Jerusalén, ordenando que un sacerdote (electo por él o por su lugarteniente) entrase a caballo sobre un jumentillo en la Santa Ciudad el Domingo de Ramos, acompañado de otros doce sacerdotes de aquellos que oficiaban en la iglesia del Santísimo Sepulcro, a los cuales saliese a recibir el Rey y todo el pueblo cristiano, acompañándolos con reverencia y humildad hasta el sobredicho templo, adonde se celebrase una misa en honor de la entrada que hizo en la Santa Ciudad el Criador y Redentor del mundo (pp. 381-382).

Para Calahorra, no era muy meritorio el hecho de que los reyes cristianos hubieran instituido tal procesión en la ciudad mientras fueron sus dueños. Lo importante era que «la hubiesen renovado los religiosos del Padre San Francisco, hallándose tiranizada de los sarracenos, los cuales no permiten funciones públicas en Jerusalén a los cristianos» (p. 382). Para explicar la recuperación de dicha tradición tras la pérdida del Reino Latino de Jerusalén, Calahorra echa mano de lo que dice un itinerario de Tierra Santa, cuyo autor no puede precisar, y que refiere también Gretser.¹² El origen estaría en un periodo de sequía que padeció Palestina, época en que se morían los animales y los campos no daban fruto. Todos imploraban al Creador, pero el agua no llegaba. Viendo el Gobernador de Jerusalén que

... no aprovechaban los alaridos que daban en las mezquitas los suyos, ni las rogativas de los cristianos cismáticos, envió a llamar al Guardián de Monte Sión y le mandó que hiciesen oración por aquella necesidad él y sus religiosos (p. 382).

El guardián le respondió que lo haría con gusto, pero debía permitirle hacer una solemne procesión, como se acostumbraba entre cristianos. Salieron en rogativa tras el

estandarte de la Santa Cruz y, «pidiendo a la divina piedad misericordia, cayó tanta agua sobre aquella esterilizada tierra, que la sació con la lluvia de tres continuos días» (p. 382). A la vista de la maravilla, el Gobernador permitió que dicha procesión se hiciese cada año con la misma solemnidad. Calahorra escribe en la segunda mitad del siglo XVII y no se atreve a afirmar que el origen cierto sea este, pues menciona otros testimonios que fechan esta procesión contra la sequía ya en la época de los otomanos.¹³

Como vemos, Juan de Calahorra no se remonta a tiempos anteriores a las Cruzadas. Hoy podemos saber que la procesión nació muchísimo antes por el testimonio de la monja Egeria.¹⁴ Esto quiere decir que solo setenta años después del Edicto de Milán (313) la tradición ya estaba bien establecida.¹⁵

El testimonio de Egeria es muy valioso por varias razones: inmediatamente antes del texto copiado, la monja refiere que el pueblo asiste el domingo por la mañana «a la iglesia mayor, que se llama *Martirium*»¹⁶ y allí el archidiácono convoca a todos para que estén a la hora séptima en Eleona, después de comer algo, porque en ese lugar empezará la

¹³ Se refiere en concreto a Ceverio de Vera que hizo su peregrinación en 1595 y en su *Viage de la Tierra Santa* (Roma, 1596) afirma que cuarenta y tres años atrás se produjo una gran sequía en Jerusalén y se resolvió mediante una procesión de los franciscanos que trajo una lluvia que duró tres días. Pero Ceverio no vincula esta procesión al Domingo de Ramos; también cita Calahorra a Alcedo de Avellaneda (1642) que sitúa estos hechos en 1573, fecha que no coincide exactamente con la de Ceverio de Vera ni tampoco con la restauración por los franciscanos de la procesión del Domingo de Ramos, que debió ser muy anterior.

¹⁴ El códice de Arezzo, que nos transmite su *Itinerario* se descubrió en 1884 y entre los contenidos más extraordinarios se encuentra la descripción detallada de la liturgia y las fiestas que entonces se celebraban en Jerusalén y, entre ellas, la procesión del Domingo de Ramos. El viaje de Egeria duró tres años y, según Agustín Arce, se produjo entre 381 y 384. La datación de la obra ha sido muy discutida, pues algunos investigadores la han retrasado hasta el siglo V. Los argumentos de Agustín Arce (1996: 54-58) me parecen los más convincentes.

¹⁵ Egeria describe la procesión de las Palmas en estos términos: «A la hora séptima sube todo el pueblo al monte Olivete o Eleona a la iglesia [hoy iglesia del Pater Noster]: se sienta el obispo, se dicen himnos y antifonas y lecciones apropiadas al día y al lugar. Y cuando empieza a ser la hora nona se sube cantando himnos al “Inbomon” [iglesia de la Ascensión], que es el lugar del cual subió el Señor a los cielos, y allí se asientan; pues el pueblo, siempre que está presente el obispo, es invitado a sentarse: solo los diáconos están siempre de pie. También allí se dicen himnos y antifonas propios del lugar y del día, lo mismo que lecciones y oraciones intercaladas. Y cuando ya empieza la hora undécima, se lee el texto del evangelio donde los niños, con ramos y palmas, salieron al encuentro del Señor, diciendo: “Bendito el que viene en nombre del Señor”. Y al punto se levanta el obispo y todo el pueblo; y desde lo más alto del monte Olivete se va a pie todo el camino. Todo el pueblo va delante de él cantando himnos y antifonas, respondiendo siempre: “Bendito el que viene en nombre del Señor” Y todos los niños de aquellos lugares, aun los que no pueden ir a pie, por ser tiernos y los llevan sus padres al cuello, todos llevan ramos, unos de palmas, otros de olivos; y así es llevado el obispo en la misma forma que entonces fue llevado el Señor. Desde lo alto del monte hasta la ciudad, y desde aquí a la Anástasis [iglesia del Santo Sepulcro] por toda la ciudad, todos hacen todo el camino a pie; y si hay algunas matronas o algunos señores, van acompañando al obispo y respondiendo. Se va poco a poco, para que no se canse el pueblo, y así se llega a la Anástasis ya tarde; donde después de llegar, aunque sea tarde, se hace el lucernario, se repite la oración de la Cruz y se despide al pueblo» (Arce 1996: 283-285).

¹⁶ Es el nombre que tenía la basílica que construyó Constantino donde fue crucificado Jesucristo, llamada luego iglesia del Santo Sepulcro.

¹² El jesuita Jacob Gretser publicó algunos relatos antiguos de peregrinación, como los de Beda el Venerable y Adomnán, pero la referencia de Calahorra no permite saber a qué obra del jesuita se refiere.

procesión de los Ramos; igualmente la precisión de las horas —séptima, nona y undécima— expresa a la perfección los tiempos de esa dilatada procesión de la tarde, que no debió de cambiar mucho en cuanto a las horas de la celebración.¹⁷

NUEVAS PROHIBICIONES Y ALGUNOS SOBRESALTOS

Parece que tras el cautiverio de los franciscanos en Damasco y la solución de los litigios con los armenios, la procesión se recuperó por algún tiempo, pero no demasiado, si atendemos a este testimonio del cronista franciscano Jesús María de San Juan del Puerto. Este cronista relata cómo el «santón», que había conseguido echarles del Cenáculo por encontrarse la estancia sobre la tumba de David, no dejaba de buscar la ruina de los franciscanos:

Como andaba siempre maquinando algunas apariencias, ya que no encontraba delincuentes realidades, le ocurrió esta devota función del Domingo de Ramos y, en fuerza de su notoriedad, dio querrela en la Puerta Otomana [es decir, en Constantinopla], con cuatro puntos, siendo el principal y de mayor apariencia, la función de las Palmas, acusando a los religiosos de que ocho días antes de la Pascua andaba el Guardián a cavallo por las calles de la Santa Ciudad permitiendo que, en desprecio de la ley y autoridad de los turcos, los christianos con rito supersticioso tendiesen en el suelo sus capas, para que el bruto no se lastimase sus pies.

En vista de esta querrela se despachó una Real Orden para que el Bajá de Damasco en persona procediese a la justificación de los artículos. Hízolo acompañado del Cadí, de gran comitiva de ministros y de una buena brigada de soldados; y habiendo justificado la nulidad de los otros tres puntos, dieron por bien acusado el cuarto, en virtud de lo cual mandó, baxo de graves penas, que la función de los Ramos no se hiziese más. Fue esto el año 1548 y desde entonces no se hacía; y aunque después en algunos tiempos se volvió a continuarla, ya oy no se haze, porque con la codicia de los turcos es tan hidrópica: lo que comenzó por un corto agasajo, que se daba al gobernador de la ciudad por el permiso, y para los soldados, oy lo an subido y van cada día subiendo a tan crecidas cantidades, que no ay dinero para la gratificación de la licencia, y así se ha suspendido por ahora.¹⁸

Efectivamente, «después en algunos tiempos se volvió a continuarla», como se desprende de varios relatos que refieren cómo en una procesión del Domingo de Ramos, datable en torno a 1578, una mujer española iba a provocar un desenlace totalmente inesperado a esa celebración. Esta peregrina, que casi todas las fuentes llaman María, en lugar de regresar de Tierra Santa con los demás peregrinos, decidió quedarse en Jerusalén en contra de la opinión de los franciscanos, porque su deseo secreto era morir en Jerusalén.¹⁹ Con el paso de los meses María no

se conformó con lo que venía haciendo y decidió defender públicamente sus creencias cristianas maldiciendo la secta de Mahoma. Eligió para ello la procesión del Domingo de Ramos y sus proclamas llegaron a ofender tanto a los musulmanes que fue denunciada a las autoridades de la ciudad. Algunos testimonios aseguran que el delator fue un judío.²⁰ Llevada ante el bajá de Jerusalén, María se afirmó en sus declaraciones y fue condenada a la hoguera. Como no quiso retractarse de sus palabras, su cuerpo ardió públicamente en la placita que hay a la puerta del Santo Sepulcro. La entereza que demostró en la hoguera despertó una gran admiración tanto entre los cristianos como entre los musulmanes. Consumado el sacrificio, los turcos vendieron sus reliquias.

Lo que nos interesa ahora es comprobar que aquel Domingo de Ramos el pueblo de Jerusalén asistía a la procesión como de costumbre. Algunas fuentes destacan la concurrencia de mucha gente y la presencia de creyentes de distintas religiones. Cito solo los que me parecen más expresivos del ambiente de la fiesta. Pedro Escobar Cabeza de Vaca (1587), por ejemplo, alude a la variedad de personas que formaba el acompañamiento:

Viniendo de Betania un día de Ramos por los pasos que Nuestro Señor vino, entró en Hierusalem con mucho gozo, con ramos, y una cruz alta en las manos, una gran multitud la iba siguiendo de muchos niños, hombres y mujeres, esperando que haría algún milagro, unos por novedad, otros creyendo que era la peregrina, muger sancta. (f.137r; Lama 2016, p. 135)

Francisco Quaresmio en 1639, con información directa de los frailes de la Custodia, narra por extenso el suceso y pone el énfasis en el conflicto que iba a desatar María entre cristianos, judíos y musulmanes:

Finalmente, llena de buenas obras, ardiente en el fuego del amor y la fe, precisamente el Domingo de Ramos, cuando según la costumbre se hace una procesión de Betfagué a Jerusalén —de donde se extenderá su fama—, ella, levantando la voz por encima del gentío cantaba “Hosanna al Hijo de David, al Señor” y, embriagada por el Espíritu, se dirigía hacia la ciudad reprobando a los moros su impiedad, condenando a Mahoma y predicando que Jesús era hijo único de Dios, el amado y el redentor del mundo. Al presenciar esto los judíos, enemigos de la Cruz de Cristo, incitaron a los mahometanos a tomar venganza de tan nefando crimen, por el cual una mujerzuela cristiana se había atrevido a soltar improperios contra su profeta Mahoma, con lo que las demás podrían jactarse de que los cristianos habían triunfado sobre ellos. Fácilmente unos impíos creyeron a los otros y por este motivo se arrojaron con gran odio y muy ofendidos contra la valerosa y aguerrida agitadora, y golpeada y herida de gravedad la arrastraron medio muerta hasta la plaza del templo del Santísimo

donde publico quince textos que difundieron el suceso por Occidente en latín, castellano, francés, italiano y alemán.

²⁰ En Jerusalén vivían unos seiscientos judíos cuando visitó la ciudad Pantaleón de Aveiro hacia 1555. A menudo eran utilizados como intérpretes por ser muchos de ellos descendientes de sefarditas expulsados de España y dominar el castellano y el árabe. En Tierra Santa eran odiados igualmente por los turcos y por los cristianos, quienes los consideraban habitualmente como traidores (Caro Baroja 1978: 227-253; Bunes Ibarra 1989: 132-137).

¹⁷ En los siglos XVI y XVII, según cuentan diversos viajeros, durante los oficios matinales de ese domingo se bendicen en la iglesia del Santo Sepulcro los ramos que después se llevarán en la procesión. Hoy mismo la procesión se realiza después del mediodía.

¹⁸ San Juan del Puerto (1724, pp. 261-262). No acabarían ahí los males pues siguieron hostigándoles con nuevas acusaciones hasta que a los pocos meses se sentenció (el 3 de octubre de 1549, según el cronista) su expulsión definitiva del convento de Monte Sión, lo cual se llevó a efecto al año siguiente.

¹⁹ María llevaba ya bastantes meses en Jerusalén ayudando a las mujeres moras y turcas en el parto, curando a los niños pequeños y bautizándoles en secreto cuando estaban para morir. He tratado con detenimiento el suceso en mi libro *María mártir. Pasión y la muerte en la hoguera de una española en Jerusalén* (A Coruña: Sielae, 2016)

Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, donde la quemaron arrojándola a una pira ardiente. (Lama 2016, pp. 159-160)²¹

Juan de Calahorra también se refiere al martirio de María y destaca la tradicionalidad de la procesión dirigida por los franciscanos:

Finalmente, llena de buenas obras y abrasada de que aquellos infieles conociesen la verdad de la Fe y Religión Christiana, en el Domingo de Ramos, cuando hazían aquella devota y solemne Procesión de Betfagé los Religiosos, representando la entrada que avía hecho en la Santa Ciudad en tal día el Criador y Redemptor del mundo, se encendió de tal manera su piadoso corazón en el amor del benignísimo Jesús, que a imitación de otra muger Evangélica, levantando la voz de entre la confusión de las turbas, le cantava al Salvador mil alabanzas, repitiendo con sinceridad de espíritu aquel verso: *Ossana Fili David...* Con la dulçura de este suave motete en la boca (dexando aquella devota Processión) se entró por la Santa Ciudad de Gerusalén predicando aquellos infieles la santa clemencia y benignidad de tan grande Rey y Señor, publicando a voces altas su Divinidad y reprehendiendo la miserable ceguedad en que vivían a vista de tan soberana y Divina luz, como la que resplandecía en la sincera verdad de nuestra Santa Fe (1684, p. 453).

No podemos saber si en los años siguientes, después de un suceso tan trágico, la procesión del Domingo de Ramos se siguió celebrando como antes. Es bastante revelador el testimonio de un viajero hispanoitaliano de principios del siglo XVII. Me refiero a Bernardo Italiano, un extremeño que se estableció en un convento franciscano de Nápoles y realizó un largo viaje por Siria y Palestina entre 1613 y 1615. Tras referir el martirio de María, señala que «por este caso y el de arriba²² estuvieron los santos lugares a pique de perderse; y el Guardián y frayles fueron gravemente molestados y pagaron grande cantidad de dineros» (Italiano 1632, p. 356).

LA VUELTA A LA NORMALIDAD A PRINCIPIOS DEL SIGLO XVII

Probablemente la conmoción entre los cristianos durase algún tiempo y luego la procesión volvería a celebrarse en un ambiente de cierta formalidad. Es lo que nos hace pensar el testimonio de Blas de Buyza en su *Relación nueva y copiosa de los sagrados lugares de Ierusalén y Tierra Santa* (1622). Este franciscano viajó a Tierra Santa dos veces: en 1615 y en 1619. Lo hizo con el encargo de llevar el dinero que necesitaba la Custodia para satisfacer sus deudas. Y como la primera entrega de 16.000 reales de a ocho no

²¹ «*Tandem plena bonis operibus, amoris & fidei igne exaestuans, in ipsa Dominica Palmarum, quando ex consuetudine fit Processio a Bethphage usque Ierosolymam (de qua alibi erit sermo) ipsa extollens vocem de medio turbarum, Osanna filio David, Domino decantabat, & spiritu ebria, obibat civitatem, Mauris impietatem exprobrans, Mahometem condemnans, & dilectum suum Iesum unicum mundi Redemptorem depraedicans. Quod videntes Iudaei, inimici Crucis Christi, concitaverunt Mahometanos, ut de tam nefario scelere vindictam sumerent, quo muliercula Christiana praesumpserit convitia iactare in illorum Prophetam Mahometem; alias enim posse Christianos iactare se de illis triumphasse. Facile acquieverunt impii impiis, quare magna ira & indignatione in fortem & virilem concionatricem irruerunt, & graviter percussam & vulneratam, semimortuam traxerunt ad plateam Templi sanctissimi Sepulchri Domini nostri Iesu Christi, ubi in ardentem rogum iniecitam concremaverunt*» (Quaresmio 1639, p. 58).

²² Se refiere a otro caso de un fraile español, fray Cosme, que varios años después tuvo la osadía de entrar en la Cúpula de la Roca sin intención de renegar, motivo por el que fue degollado.

bastó porque los intereses (que podían ser del 24 %) habían crecido mucho, tuvo que volver con una nueva cantidad de 20.000 reales. Buyza es muy meticoloso en sus explicaciones y cuando se dispone a describir la procesión del Domingo de Ramos, se recrea en el detalle. A juzgar por el nutrido público que asistía y por el ritual detallado de la ceremonia, se nota que por entonces la ceremonia se ha restaurado con fuerza y sigue muy fielmente el relato evangélico. Aunque es un poco largo, vale la pena recuperar el texto completo:

Pero entre las ceremonias que hay en Tierra Santa memorables, y dignas de saber y ponderar, es la que cada año se hace el Domingo de Ramos; y es que habiendo hecho por la mañana la bendición y cantada la Pasión dentro del Santo Sepulcro, después de comer va el padre Guardián y todos los religiosos con cuantos cristianos de todas naciones hay en Jerusalén (que solo para esto se conforman con nosotros al propio lugar de Bethage (*sic*) en el Monte Olivete) y allí revestido el Diácono, cantan con solemnidad el Evangelio que cuenta aquel misterio: «*Cum appropinquasset Iesus Ierosolimis*». Llegando a las palabras que dijo Cristo N.S. cuando envió a dos de sus discípulos a buscar el asna, las canta el padre Guardián, que representa al mismo Cristo, enviando a dos religiosos al propio lugar donde los discípulos la hallaron, diciéndoles: «*Ite in castellum, quod contra vos est et statis invenietis asinam, alligatam, et pullum cum ea, solvite, et adducite mihi, etc.*», los cuales van por ella entretanto que se canta los restante del Evangelio hasta que dice: «*Et imposuerunt super eos vestimenta sua*», que le ponen encima algunos de sus mantos, y un tapete, y subiéndolo en ella el padre Guardián, el diácono canta «*Et eum desuper sedere fecerunt*», y comenzando a caminar y acabando de cantar el Evangelio, se va haciendo lo que en él se dice: «*Plurima autem turba straverunt vestimenta sua in via*» (ff. 46v-47r).

La referencia al acompañamiento de los demás cristianos («que solo para esto se conforman con nosotros») es una muestra clara de que ese día se superaban las diferencias. Y más aún, la alusión al comportamiento de los turcos, que «en su lengua cantan el *Hosana* en señal de alegría», revela hasta qué punto es posible la celebración ecuménica dejando al margen, siquiera por un día, las creencias particulares:

... porque todos los cristianos, hombres y mujeres y niños de aquellas partes, y los peregrinos que de estas en aquella sazón se hallan, echan sus capas y vestiduras por el suelo, y las mujeres sus tocas, haciendo grande demostración de alegría cuando el asnillo las pisa, besándolas muchas veces cuando las tornan a levantar y hasta los mismos turcos que están esperando este día con singular alborozo se hallan presentes, y echan flores en la tierra por donde pasa el jumentillo, y en su lengua cantan el *Hosana* en señal de alegría, y lo acompañan hasta dentro del convento. De suerte que nunca en todo el camino toca el jumento los pies en la tierra, sino sobre las vestiduras y tocas; y así entra triunfando en Jerusalén, cantando por todo el camino los religiosos que le acompañan y los cristianos las antifonas de aquel día, *Pueri Haebraorum & c.* y todas las que están en el misal, la cual es una ceremonia muy tierna y devota que mueve grandemente a los que la ven a compunción y lágrimas (47r-47v).

Fray Antonio del Castillo estuvo en Tierra Santa entre 1627 y 1635. Estas fechas deben ser nuestra referencia de su testimonio, pues la primera edición de *El devoto peregrino y viage de Tierra Santa* es bastante posterior, de 1654. El libro de Castillo se convirtió en la guía por antonomasia de peregrinación a los Santos Lugares, pues no se dejó de

imprimir a lo largo de los dos siglos siguientes. Veamos cómo refiere el franciscano la procesión de la entrada en Jerusalén el Domingo de Ramos:

Hame parecido poner aquí el modo y forma como se hace la entrada en Jerusalén el Domingo de Ramos, imitando aquella que hizo Christo cuando, seis días antes de su pasión, entró a caballo sobre una jumentilla en Jerusalén, triunfante, saliéndole a recibir todos, cantándole la gala, echando sus capas, ramos y palmas por el suelo y diciendo: "*Osanna filio David, benedictus qui venit in nomine Domini*".

Este día, después de haber salido los religiosos del Santo Sepulcro, van al convento del Salvador, y habiendo tomado una breve refacción, va el padre guardián junto con todos los religiosos a Betfagé, que está como una legua de Jerusalén a la bajada del Monte Olivete, por la parte que mira al Oriente y se va a Betania. Este Bethfagé se llamaba *Viculus sacerdotum*, porque era una granja o recreación de los sacerdotes.

Salimos por la puerta de San Esteban, bajamos al valle de Josafat, subimos al Monte Olivete y, dejando a mano izquierda el santísimo lugar donde Christo subió al cielo, bajamos a Betfagé, que está como una milla apartado.

Antes de llegar a este lugar, ya tienen los religiosos el jumento atado, adonde dice el Evangelio: "*ite in castellum quod contra vos est*", que es el mismo Monte Olivete, porque este día se van haciendo las ceremonias, puntualmente como lo dice el Evangelio (pp. 239-240).

Castillo destaca la gran afluencia de judíos y turcos y el carácter de fiesta colectiva. De los judíos se menciona la coincidencia de su Pascua, y por tanto su peregrinación, pero Castillo observa oportunamente que los judíos no pueden hacer los sacrificios que hacían en la época de Cristo por tener más limitadas sus manifestaciones religiosas. De los turcos se destaca el carácter religioso que para ellos tiene también esta procesión:

Y adviértase que así como antiguamente por este tiempo había gran multitud de gente en Jerusalén, por causa de que venían los judíos a celebrar la Pascua, así ni más ni menos hoy día por este tiempo es infinita la gente que viene a Jerusalén por este respeto. Los cristianos por hallarse presentes estos días a la celebración de la Pasión, Muerte y Resurrección de Christo. Los judíos vienen infinitos a la celebración de su Pascua; pero no pueden hacer los sacrificios que antiguamente hacían.

De los turcos vienen también innumerables, porque como tengo dicho, Jerusalén es ciudad santa para todas las naciones. Y como los turcos tienen por cierto que Mahoma subió al cielo desde la santa ciudad de Jerusalén, por esta causa, antes de ir a Meca, adonde está el zancarrón, vienen muchos a Jerusalén, porque dicen que subiendo al Monte Olivete, se gana una indulgencia muy grande y quedan limpios y puros para ir a ver el zancarrón de Mahoma, lo cual es por este tiempo, que es acabada la Luna de marzo, cuando ellos celebran el Ramadán (p. 240).²³

En absoluto deben tomarse estas palabras como justificación oportunista de los turcos para sumarse a la celebración del Domingo de Ramos, pues debemos recordar que cristianos y musulmanes compartían el culto en tres santuarios que estaban alineados prácticamente en el recorrido de esta procesión de Domingo de Ramos: la iglesia de Betania, donde está el sepulcro de Lázaro, un poco más alejado de Jerusalén que Betfagé; la iglesia de la

Ascensión en el Monte Olivete; y la del Sepulcro de la Virgen en el valle de Josafat. Por estos dos últimos lugares pasaba la procesión.²⁴ Antonio del Castillo refiere luego las palabras evangélicas que se dicen antes de iniciar la procesión:

Mientras van los religiosos por la jumentilla, se predica el Misterio a infinitas gentes que allí han venido a ver esta ceremonia. Luego que llegan los religiosos con la jumentilla, se pone el Guardián un roquete y estola, y toma una palma en las manos; y quitándose los religiosos los mantos, los ponen sobre el jumento, como dice el Evangelio; sube el Guardián y comienzan a cantar los religiosos "*Benedictus qui venit, etc.*" Y comenzado a echar los mantos algunos por tierra, acuden luego aquellas naciones, unos a echar los turbantes, otros las abas, que son unas como capas que traen, otros ramos y diversas flores de las que hay por aquellos campos. Es tanto el tropel que si no lleváramos turcos de guardia, no fuera posible el poder caminar; y tiénese por muy dichoso el que ve que su manto, o capa, queda roto o agujereado por los pies del jumento.

En mi tiempo había un jumentillo que había hecho aquella entrada catorce veces y estaba ya tan habituado a aquella función, que siendo así que era muy inquieto, aquel día caminaba tan humilde y sosegado que parecía tenía juicio, según iba de sosegado; y adonde vía [*sic*] que el suelo no estaba o con capa o con ropa o flores, o otra cosa alguna cubierto, no quería caminar, ni dar paso alguno. Y siendo así que el trecho que hay desde Betfagé a Jerusalén no es muy pequeño, jamás pone el jumento los pies en tierra descubierta.

En estas palabras destacan varios aspectos de la procesión: en primer lugar el gentío que se reúne en ella, el respeto que tienen los turcos por la procesión protegiendo a los participantes con una guardia para el efecto, el ambiente humorístico que se desprende de la «sabiduría» del jumentillo y la dicha que experimentan quienes recogen su prenda rota o agujereada por el animal. La procesión en sí pasa por lugares que llenan de emoción a los fieles:

Caminando, pues, subimos al Monte Olivete y, dejando a mano derecha caminando al Occidente el lugar donde Christo subió al cielo, llegamos adonde Christo compuso el *Pater noster*, adonde predicó el juicio, adonde los apóstoles compusieron el Credo y, como a mitad de la bajada del monte, llegamos al lugar adonde Christo lloró sobre la ciudad de Jerusalén, cuando hizo la entrada.

Este es un lugar desde el que se ve la ciudad toda, que no se encubre nada: aquí se para y canta el Diácono el Evangelio: *Videns Iesus civitatem flevit, etc.* que viendo el Señor la ciudad lloró sobre ella. Y como es lugar regado con lágrimas de Christo, son tantas las que allí se derraman, que es imposible poderlas detener. Tal es la devoción que causa aquel santo lugar.

Pásase el arroyo Cedrón por la puente, adonde cuando lo llevaban a Christo preso, lo echaron de la puente abajo y cayendo sobre una piedra muy grande que allí hay, dejó

²⁴ Ya a principios del siglo XVI Diego de Mérida había dedicado un capítulo de su relato a estas «tres iglesias que juntamente son mezquitas, porque son veneradas juntamente de moros y cristianos» (Rodríguez Moñino 1945: 15-16). Igualmente Antonio de Medina (1573), al referirse a la iglesia de San Lázaro en Betania declara: «A la una parte d' esta capilla tiene los moros un apartamiento donde hacen su oración, pero cuando los frailes queremos decir misa en esta capilla no nos impiden que la digamos. Aquí pagan los peregrinos medio real de tributo al moro que la guarda y tiene cargo de limpiar esta iglesia, la cual los moros tienen en gran veneración» (fol. 37r). El Marqués de Tarifa se refiere igualmente a la devoción de los moros en la iglesia del Sepulcro de la Virgen y en la de la Ascensión (García Martín 2001: 244).

²³ Cito por la edición de 1656: *El devoto peregrino*. Madrid: Imprenta Real.

sus pies y manos señaladas. Sube al Monte Sión y entra por la puerta de Sión.

Antonio del Castillo detalla mejor que nadie los lugares por los que transcurre la procesión. El recorrido de la misma apenas ha variado mucho en su recorrido, salvo que Jesucristo no entró por la puerta de Sión, sino por la *Porta Aurea*, puerta cargada de símbolos.²⁵

NUEVAS DIFICULTADES Y REPLIEGUE DE LOS FRANCISCANOS EN EL SANTO SEPULCRO

Aunque la procesión gozaba de buena salud, la vida de los franciscanos en Jerusalén se fue haciendo más difícil a mediados del siglo XVII por las crecientes extorsiones económicas y de todo tipo que sufrieron de las autoridades locales. Llegó el momento en que por cualquier cosa tenían que pagar grandes sumas y acabaron renunciando a la procesión tradicional de los Ramos desde Bethfagé. La causa la veremos un poco más adelante en un testimonio de Eugenio de San Francisco. A estas dificultades con los turcos, se sumaron los graves problemas que surgieron entre las diversas comunidades de cristianos por la posesión de los diversos santuarios de Palestina. El conflicto más grave surgió en 1638 con los frailes griegos, que siempre fueron más numerosos y contaban generalmente con la ayuda de los poderes locales, por ser súbditos suyos. Algunos litigios se solucionaron con dinero, pero no siempre fue posible. Se les permitió a los franciscanos seguir en el convento de San Salvador, pero con dificultades para llevar a cabo sus cometidos habituales. Perdieron derechos en la iglesia del Sepulcro de la Virgen del Valle de Josafat y también en la iglesia de la Natividad en Belén y en el Santo Sepulcro.²⁶

²⁵ Es la más antigua que se conserva de la muralla, aunque no es de la época de Jesucristo sino del siglo V. La que la precedió, seguramente construida por Herodes, era la única que daba acceso al monte del Templo de Salomón desde el exterior de la muralla. También por ella hizo su entrada en procesión en 631 el emperador Heraclio con la cruz donde murió Cristo, tras habérsela arrebatado a los persas. Por ella entraron los cruzados de Godofredo de Buillón en 1099 y se dice que entrará el Mesías cuando venga el día del Juicio. En realidad ya estaba tapiada a principios del siglo XVI, cuando escribe Diego de Mérida. El Marqués de Tarifa, que estuvo en Jerusalén en el verano de 1519, también afirma que «está siempre cerrada porque los moros dicen que cuando se abriere se ha de perder la ciudad». Fue luego en 1541 cuando Solimán, al reconstruir la muralla, la clausuró definitivamente con piedras de sillería como hoy puede verse.

²⁶ Un choque importante se produjo en 1664, el año que llegó a Jerusalén el nuevo Custodio Francisco María Rhini de Polizio. Por entonces ya la procesión de los Ramos la hacían los franciscanos en el Santo Sepulcro y allí mismo es donde se produjo un grave encontronazo con los frailes griegos cuando estos celebraban su procesión de los Ramos: «En este año caía el Domingo de Ramos para los griegos el mismo día que para los latinos la Resurrección. Los griegos formaron su procesión de los Ramos y, queriendo romper la antigüedad y la paz en que avían estado todos, estando los religiosos [francos] en sus oficios y procesión [de la Resurrección], los atropellaron con estrépito desbaratando el coro. Los religiosos los reconviniéron sin violencia, alegando solo la justicia; y como estaban alegando algún motivo para mortificarlos, salieron del templo quinientos griegos con su Patriarca y dieron la querrela al Cadí acusando a los francos de que les impedían sus devociones». Los franciscanos justificaron documentalmente ante el Cadí que el derecho les asistía, pero tampoco ahora fue suficiente tener razón: «Vistas por el Cadí las escrituras y que no podía anularlas, dixo que por el alboroto que avían causado les formaríá causa, si no

Hacia 1680 fray Bernardino Lardizábal, Procurador General de Tierra Santa, se desplazó a Constantinopla y con los dineros de las exhaustas arcas españolas logró doblegar la voluntad del sultán otomano para devolver a los minoritas casi todos los derechos reconocidos a la Custodia. Los lectores de *El devoto peregrino* en los siglos XVIII y XIX pudieron pensar que la procesión se había mantenido en su antiguo esplendor y, sin embargo, cuando Antonio del Castillo regresó de Tierra Santa se produjeron cambios sustanciales.

En 1682 estuvo en Jerusalén Eugenio de San Francisco, fraile lego perteneciente a los agustinos descalzos de Andalucía.²⁷ Ese año participó en la procesión del Domingo de Ramos que se celebró dentro de San Salvador, la iglesia y convento donde residían los franciscanos desde 1550 cuando fueron expulsados definitivamente de Monte Sión. Veamos cómo refiere los hechos:

Toda la iglesia estaba llena de gente de nuestros católicos christianos; hizose la procesión por el claustro, con grande solemnidad, yendo en ella el Reverendísimo Guardián vestido, como dicho es, de Pontifical, todos con palmas y ramos en las manos; y los ramos eran del Huerto de Jetsemaní, de los ocho olivos que quedan referidos que tienen los religiosos, que son del tiempo de Jesu Christo; y no se corta d'ellos en todo el año cosa alguna, si no es para esta función. La palma y ramo que a mí me cupo lo traje a España, por ser tan gran reliquia. Esta procesión se hizo muchos años desde el lugar donde fue Bethfagé hasta Jerusalén. Iba el Guardián allá y en su compañía doze religiosos, en memoria de los doze apóstoles, y los truchimanes del convento tenían prevenido en aquel lugar una jumenta con su jumentillo; y llegados a él, le montaban en ella y venían delante cantando versos y himnos los religiosos alderredor [sic] del Guardián, trayéndole en medio; y en llegando a Jerusalén, o a dar vista a la ciudad, salía mucha gente demás de la que avía por todo el camino, así christianos como turcos, echaban sus ropas y ramos por donde pasaban. Esta procesión y entrada la dexaron de hazer un tiempo y después volvieron a ella; y ha muy poco tiempo que se hizo la última vez; y averla dexado de hazer, fue porque todos aquellos turcos y demás naciones que salían a echar sus capas y ramos, no lo hazían por devoción alguna, sino por el interés que d'ello se les seguía, pues a todos, y a cada uno de por sí, era necesario regalar con dádivas y dinero, con que era un gasto intolerable para los religiosos; y este ha sido el motivo, y no otro, que han tenido para dexarla de hazer en la forma referida, y así se dispuso se hiziese en la iglesia del Santo Sepulcro, alderredor d'él, como se ha hecho hasta este año, que se hizo en San Salvador, no sé por qué inconveniente que hubo (Santo Domingo ¿1693?, pp. 202-203).

Como vemos, la procesión se recogió al interior del Santo Sepulcro por los abusos de los turcos y, «no sé por qué inconveniente que hubo», aquel año se hizo en el claustro de San Salvador. En 1704 Eugenio de San Francisco volvió a visitar Tierra Santa y también en esta ocasión el fraile agustino participó en la procesión del Domingo de Ramos, ya sin el esplendor que le otorgaba otrora el recorrido desde Bethfagé hasta el Monte Sión;

le detenían la pluma con dos mil pesos. Por fin, con seiscientos que le dieron, retrató el ánimo y con instrumento jurídico les confirmó sus antelación antigua» (San Juan del Puerto 1724, p. 572).

²⁷ Su libro *Relicario y viaje de Roma, Loreto y Jerusalén que hizo el P. Fray Eugenio de San Francisco... año de 1682* (Cádiz, Bartolomé Núñez de Castro, ¿1693?) se publicó sin data. Algunos textos preliminares están fechados en 1693, de forma que no pudo ser muy posterior.

El Domingo de Ramos se celebran los Oficios Divinos en la iglesia del Santo Sepulcro, en un grande altar que se dispuso junto a la capilla que tienen los religiosos franciscanos; el reverendísimo hizo pontifical; la bendición de los ramos se hizo dentro del Santo Sepulcro: se dan tres vueltas y en la última vamos hasta la piedra de la Unxión y, dando una vuelta en su contorno, proseguimos hasta nuestra capilla, donde se da fin, y lo mismo se haze en las demás procesiones que adelante diré (p. 149).²⁸

ALGUNAS CONCLUSIONES

Durante los siglos XVI y XVII fueron los franciscanos quienes tuvieron el privilegio de organizar y realizar la procesión del Domingo de Ramos siguiendo el recorrido que siguió Jesucristo entre Bethfagé y Jerusalén como inicio de su pasión y muerte. La procesión ya era tradicional a principios del siglo XVI, pero los propios cronistas franciscanos carecen de datos para datar cuándo ellos se hicieron cargo de esta celebración. Las tensiones políticas, religiosas y sociales entre los cristianos y el poder dominante determinó que varias veces dicha tradición se interrumpiera, unas veces por haber sido puestos los franciscanos en prisión (1537-1540), otras por acusaciones religiosas de que iba a caballo el guardián (1548) o por los abusivos peajes que les cobraban los turcos. La solución para seguir manteniendo la procesión pasaba por encomendar a los armenios su práctica mientras estaban ausentes o realizarla privadamente dentro de la iglesia del Santo Sepulcro o incluso dentro del convento de San Salvador.

La participación en la fiesta de las demás «naciones de cristianos» (armenios, jacobitas abisinios, etc.)²⁹ implica un cierto grado de ecumenismo en momentos favorables a la convivencia. Es más acusado ese ecumenismo en el caso de los maronitas que, por ser súbditos de la iglesia de Roma, son acogidos por los franciscanos en Jerusalén como si fueran sus hermanos, «hasta que del todo entren en la iglesia», como precisa Antonio de Aranda. La participación de turcos y judíos en la celebración, según los tiempos, implica que estos sean capaces de dejar aparte los odios seculares y admitir la posibilidad, llegado el caso, de unas creencias religiosas compartidas entre musulmanes y cristianos en lo referente a la obtención de indulgencias.³⁰

Lo dicho no es óbice para que, en momentos de crispación, las diferentes sectas de cristianos tomen dicha procesión como instrumento de discordia, como hemos visto en los conflictos librados con los armenios y con los griegos. Con mayor motivo podía despertar suspicacias ideológicas y religiosas en judíos y turcos o la tentación entre estos últimos de abusar económicamente de los franciscanos.

En definitiva, a lo largo de esas dos centurias, la procesión de los Ramos en Jerusalén llegó a ser un indicador bastante fiable de las posibilidades de convivencia y del equilibrio inestable entre colectivos religiosos y sociales que necesitan afirmarse en una sociedad gobernada por los otomanos.

²⁸ Este segundo viaje dio lugar a su *Itinerario y segunda peregrinación de Jerusalén* (Sevilla: Lucas Martín de Hermosilla, 1712) por el que cito. Hay edición moderna de Agustín Arce (1940).

²⁹ Decía Buyza «que solo para esto se conforman con nosotros al propio lugar de Bethfagé en el Monte Olivete».

³⁰ «Porque dicen que subiendo al Monte Olivete, se gana una indulgencia muy grande y quedan limpios y puros para ir a ver el zancarrón de Mahoma» (Antonio del Castillo).

FUENTES

- Alcedo Avellaneda, M. de 1642. *Jerusalén cautiva y motivos sobre su destrucción*. Madrid: María de Quiñones.
- Aranda, A. de 1533. *Verdadera información de la Tierra Santa*. Alcalá de Henares: Miguel de Eguía.
- Aranda, A. de 1563. *Verdadera información de la Tierra Sancta*, Alcalá de Henares: Francisco de Cormellas y Pedro de Robles.
- Arce, A. (ed.) 1940. *Itinerario a Jerusalén (1703-1704) de Fr. Eugenio de San Francisco, Prólogo, extractos, resúmenes, notas y noticias de archivo del P... con cinco grabados y un plano de la Iglesia de Belén*. Jerusalén: Imprenta Franciscana.
- Arce, A. (ed.) 1996. *Itinerario de la Virgen Egeria*. Madrid: BAC.
- Buyza, B. de 1622. *Relación nueva, verdadera y copiosa de los sagrados lugares de Jerusalén y Tierra Santa*. Madrid: Viuda de Alonso Martín.
- Calahorra, J. de 1684. *Crónica de la Provincia de Siria y Tierra Santa de Gerusalén*. Madrid: Juan García Infanzón.
- Castillo, A. del 1656. *El devoto peregrino. Viaje de Tierra Santa*. Madrid: Imprenta Real.
- Ceverio de Vera, J. 1596. *Viage de la Tierra Santa*. Roma: Nicolás Mucio.
- Diego de Mérida. *Viaje a Oriente*, Madrid, BNE: ms. 10.883.
- Enríquez de Ribera, F. (Marqués de Tarifa). *Viaje de Jerusalén*. Madrid, BNE: mss. 9.355
- Escobar Cabeza de Vaca, P. 1587. *Luzero de la Tierra Sancta*. Valladolid: Bernardino de Santo Domingo.
- García Martín, P. (ed.) 2001. *Paisajes de la Tierra Prometida. El Viaje a Jerusalén de Don Fadrique Enríquez de Ribera*. Madrid: Miraguano.
- Italiano, B. 1632. *Viaje a la Santa Ciudad de Jerusalem* Nápoles: Egidio Longo Impresor Real.
- Medina, A. de 1573. *Tratado de los misterios y estaciones de la Tierra Santa*. Salamanca: Juan Cánova.
- Quaresmio, F. 1639. *Historica, theologica et moralis Terrae Sanctae elucidatio*, Tomus II. Antverpiae: Ex Officina Plantiniana, Balthasaris Moreti.
- Rodríguez Moñino, A. (ed.) 1945. «Diego de Mérida, "Viaje a Oriente"». *Analecta Sacra Tarraconensia* 18: 115-187; luego publicado exento: 1946. *Diego de Mérida. Viaje a Oriente*. Barcelona: Balmesiana.
- Röhrich, R. 1890. *Bibliotheca Geographica Palaestinae*. Berlín: H. Reuthers's Verlagbuchhandlung (reeditado en 1963 en Jerusalem: The Universitas Booksellers of Jerusalem).
- San Francisco, E. de, h. 1693. *Relicario de Roma, Loreto y Jerusalén*. Cádiz: Bartolomé Núñez de Castro.
- San Francisco, E. de 1712. *Itinerario y segunda peregrinación de Jerusalén*. Sevilla: Lucas Martín de Hermosilla.
- San Juan del Puerto, F. J. M.ª de 1724. *Patrimonio Seráfico de la Tierra Santa*. Madrid: Imprenta de la Causa de V.M. María Jesús de Ágreda.
- Tobler, T. 1867. *Bibliographia Geographica Palaestinae*. Leipzig: Verlag von S. Hirzel; reed. 1874.

BIBLIOGRAFÍA

- Bunes Ibarra, M. Á. de 1989. *La imagen de los musulmanes y del Norte de África en la España de los siglos XVI y XVII*. Madrid: CSIC.
- Caro Baroja, J. 1978 (2ª ed.). *Los Judíos en la España Moderna y Contemporánea*. Madrid: Istmo.
- Jones, J. R. (ed.) 1998. *Viajeros españoles a Tierra Santa (siglos XVI y XVII)*. Madrid: Miraguano-Polifemo.
- Lama, V. de 2013. *Relatos de viajes por Egipto en la época de los Reyes Católicos*. Madrid: Miraguano.
- Lama, V. de 2016. *María mártir. Pasión y muerte en la hoguera de una peregrina española en Jerusalén (c. 1578)*. A Coruña: SIELAE (Anexo de la Revista *Janus*)